

El lado B de la investigación Pos-scriptum de un sobreviviente de tres tesis

Ariel García
(CEUR-CONICET)•

El mañana había terminado y con él se abría la necesidad de crear un nuevo día. Pude cruzar la línea del horizonte sin caer, el planeta era más o menos redondo y seguía girando. Después de la tesis, sin brújula había quedado la palabra, por eso había que buscarle nuevos horizontes.

En primera persona: algunas vicisitudes de los tesisistas.....	3
La elección del tema y del problema.....	9
La subjetividad del sujeto en la academia.....	9
Eterna soledad (cómo amigarse con ella sin ir a terapia).....	10
El campo (o “tener calle”).....	12
¿Qué me pasa?.....	13
(Ir)reflexiones.....	14

La experiencia propia y de ajenos próximos indica que a la hora de pensar el desafío personal que implica proponer y realizar una tesis, resulta conveniente consultar los clásicos manuales de metodología. Usualmente, el tesisista ha tenido un acercamiento, sobre todo a partir de talleres de investigación y seminarios de metodología. Generalmente no comprende qué le dicen acerca del cómo se hace una investigación, posiblemente por el hecho de que los docentes transmiten con palabras difíciles cuestiones simples (accionar común en las ciencias sociales) y/o porque el estudiante aún no ha incursionado en este terreno.

La metodología es una materia difícil de transmitir si en su enseñanza no media la práctica de investigación. Cuando está inmerso en la cursada, el objetivo central del estudiante es aprobar materias, si comprende los contenidos, mejor. De este modo, aprendemos -o intentamos hacerlo- a diseñar una investigación, a encontrar un tema de interés, a pensar algunas preguntas significativas y a definir un problema, cuestión inicialmente ardua y que alude a un recorte de lo social relevante para una comunidad académica temporal y espacialmente situada.

* Licenciado en Geografía, Magíster en Estudios Sociales Agrarios, Profesor en Economía Social y Becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas -CONICET- en el Centro de Estudios Urbanos y Regionales -CONICET/CEUR-. Correo electrónico: arieltgarcia@conicet.gov.ar

Una vez aprobado el diseño, es necesario plasmarlo en la tesis. La escritura de la misma nos pone a prueba. En la redacción se juegan no solo la habilidad de quien redacta para plasmar sus ideas. En su virtud/defecto en tanto narrador también se evidencian otras cuestiones. De este modo, un jurado evaluará básicamente la consistencia (relación entre objetivos y cuestiones aludidas, entre marco teórico y desarrollo, aplicación de la metodología, etc.) y en su tarea será ayudado mas o menos por la forma de exponer de quien escribe. Sin embargo, el tesista es influido por su contexto. Posee una historia de vida, en la que se sustentan sus criterios, elecciones, perspectivas. No parte de un marco interpretativo a-valorativo, posee una postura -como toda posición, política- aunque esté convencido que lo que él está haciendo es ciencia, pura ciencia. Y sí, como cualquier acto humano, la ciencia es política, por más que se la intente disfrazar de otra cosa. Sino, entre otras prácticas ¿qué son las recomendaciones constituidas en “sermones del deber ser” al final de muchos documentos?

Considerando lo antedicho, *el trabajo ha surgido de la necesidad de ordenar pensamientos* referidos al marco académico que sustenta la realización de las tesis en las ciencias sociales de la Argentina de principios de siglo XXI. El objetivo es analizar la relación entre el tesista y el mundo académico del cual forma parte. En función de ello, se precisan y exponen algunos de los núcleos problemáticos en los que potencialmente el tesista perciba una distancia entre lo que leyó en los manuales y cursó en los seminarios de la temática y aquello que efectivamente percibió y experimentó en su quehacer cotidiano en el tránsito hacia su título. Muchos de esos núcleos problemáticos aparecen en los manuales de metodología, no son novedad. Por ende, este escrito no buscará satisfacer a quienes pretenden definiciones, métodos y estrategias de investigación. En todo caso, intentará innovar en la forma de presentarlos y explorará un área menos conocida: el del tesista en su “laberinto”.

Antes de comenzar, cabe explicitar dos cuestiones. En primer lugar, *el ámbito académico al que se referirá no existe en estado puro*, toda vez que se puede pensar en mundos académicos paralelos, diferentes entre sí a partir de la historia y práctica de los miles de grupos de investigación que co-existen en el país. Más aún, los “mundos paralelos” sobre los que se construye el relato son solo algunos, refieren a los que he tenido acceso. De modo alguno puede pensarse que este trabajo pretende abordar exhaustivamente la multiplicidad de situaciones, muchas de las cuales desconozco.

En segundo término, *el hecho de indagar los elementos potencialmente más cuestionables del sistema académico no implica olvidar las virtudes del mismo* así como tampoco obviar que muchas de las situaciones educativas y laborales tratadas han ido mejorando en los últimos años y/o son comunes a otras esferas sociales tanto en Argentina como en otros países. El mundo académico no es una burbuja, por más que algunos piensen que se trata de un ámbito “a-séptico”, donde solo se hayan virtudes y bondades humanas.

El trabajo se organiza en siete apartados. En el primero se exponen algunas vicisitudes de los tesistas. En el siguiente, se aborda la problemática extra-académica en torno a la elección del tema y del problema. En el tercero se considera especialmente la subjetividad y se relativizan acciones habituales en la academia. En el cuarto se expresan ideas en torno a la necesaria contención del tesista. El siguiente tiene como objeto la significancia de los estudios de

campo. En el sexto, se desarrollan algunos elementos relativos a la biografía y las predisposiciones de los tesistas. Por último, se comparten algunas reflexiones.

En primera persona: algunas vicisitudes de los tesistas

La carrera académica posee plazos, rituales y formalismos a los que debe atenerse cualquier tesista. Quizás sea particularmente evidente en el caso de que aquel reciba financiamiento de una institución de ciencia y técnica para la realización de sus estudios. En las ciencias sociales, la difusión de una forma de “hacer” doctores -a imagen y semejanza de lo que suele acontecer con las ciencias “duras” y en países centrales- resulta en situaciones complejas para el becario-tesista de un país como Argentina. Por esto, *la función de la tesis de doctorado ha cambiado.* No solo sirve para coronar una trayectoria de décadas de experiencia profesional, sino que para los jóvenes se ha ido convirtiendo en una llave para ingresar al sistema productivo y de ciencia y técnica del país.

La tesis es un producto académico cualitativa y cuantitativamente diferente de una “monografía ampliada” (a la que tanto se recurre para aprobar posgrados). Debe exponer conceptualmente un problema del cuál se pretende dar cuenta, no solo poseer un marco teórico que denote búsqueda y sistematización pero que no se encuentre aislado e incomunicado de la perspectiva efectiva con la que se observan los fenómenos en el resto de las páginas. A través de la teoría vamos a hablar, en toda la tesis. Esta requiere un trabajo que demuestre originalidad, reflexión e inquietudes que abran un nuevo aspecto al conocimiento. Sí, preguntas, preguntas que surgen cuando vamos conociendo el tema. Algunas podrán quedar irresueltas en la investigación y serán el abono para otras, tanto propias como ajenas. Como todo en la vida, debe tener un comienzo y un final la investigación, el cuándo es tal vez lo más difícil de precisar (advertencia: las tesis pueden adquirir vida y transformarse en otro caso de síndrome de Estocolmo, de odiarla pasamos a amarla, cuestión que nos puede dificultar ponerle punto final, “dejarla ser”). Cuando el producto esté maduro vamos a encontrarle coherencia, unicidad.

La tesis no está sola. Quien la escribe debe conocer los mecanismos institucionales, muchas veces imprecisos/cambiantes. En este escenario, el desempeño del tesista dependerá no solo de sus potencialidades académicas, sino también de sus aptitudes personales. Para esto último no hay escuela posible, o al menos no la hay institucionalmente. De este modo, habrá personas cuyo carácter los colocará ante posibilidades de mayor reconocimiento social y/o de ejercicio de liderazgo, mientras en el otro extremo será posible encontrar postulantes a doctor cuyo comportamiento más introspectivo proyecta sobre ellos una imagen más próxima a la de un *homo academicus*. Las situaciones intermedias son las habituales, aunque mi percepción es que la “media” se aproxima a este último polo.

Además de las personalidades, estamos ante un proceso académico que no se nutre de cualquier tesista, más allá de sus aptitudes. Para ser tesista, ni hablar para ser becario, se debe contar con una posición económica favorable de partida. Las personas con dificultades económicas para sostener el nivel mínimo de condiciones de vida que exigen el estudio y la investigación difícilmente puedan acceder y perdurar en el sistema.

En el caso de los becarios, más allá de la nada desdeñable retribución y reconocimiento institucional que en Argentina se viene logrado gracias el proyecto político-económico iniciado en 2003, subsisten una serie de cuestiones que atentan contra la entrada de segmentos significativos de jóvenes con capacidad para investigar. Como siempre, se trata de una evaluación de costos y beneficios de acceder al sistema.

En primer lugar, la dinámica económica del lapso ha propendido a ofrecer mayores retribuciones tanto en el resto del sector público como en el privado. A esta situación, debe agregarse que las condiciones laborales de un profesional que accede a reparticiones del resto del estado o a una empresa privada suelen ser más ventajosas, como veremos en breve.

En segundo término, la retribución alcanzada por un becario implica una dedicación que puede exceder lo conocido como *full-time*, debido a que muchos trabajan en sus casas, sin poder delimitar fehacientemente el tiempo de trabajo del de ocio. Esto conlleva a una desorientación en torno a los avances relativos, la producción y la productividad de la persona puesto que se pierden instancias de referencia. Ni que hablar de la pérdida o restricción de la necesaria sociabilidad que ofrece un lugar de trabajo. Como la investigación es un aliciente y a la vez una presión constante, la “oficina” suele estar en las “cabezas” de los becarios y no solamente en un lugar estrictamente físico. Cuanto más apasionada/comprometida sea la persona, la “oficina” puede ocupar más “lugar” en su mente.

En tercer lugar, más allá de las delimitaciones horarias y la situación de partida, debe reconocerse que la situación laboral que implica una beca puede catalogarse como informal. La reproducción de este escenario pudo ser posible gracias a las políticas neoliberales, cuando más que buscar la calidad del puesto, se intentaba trabajar bajo las condiciones que fueran. Era eso o Ezeiza. Estas políticas han tenido su inercia, por más que se han hecho evidentes esfuerzos en mejorar la calidad del trabajo en general mediante la herramienta de los convenios colectivos en diversas actividades. Pese a estos avances, el Estado Argentino aún no reconoce a quien usufructúa una beca aportes previsionales, aguinaldos, vacaciones y licencias, más allá de la recientemente lograda licencia por maternidad.

En suma, *se estaría legitimando y reproduciendo una discriminación, puesto que los becarios serían desde esta percepción “estudiantes” y “beneficiarios” antes que trabajadores.* Trabajadores que, como cualquier otra persona en diversos cargos siguen perfeccionando, profundizando y actualizando sus conocimientos. Sin embargo, esta última es la percepción de quien escribe, no la del común denominador de la comunidad académica. Mientras tanto, el tiempo transcurre, tanto desde el punto de vista previsional como biológico.

Por ende, ser becario implica una elección profesional y de vida, pero además una situación económica de partida y una capacidad temporal/actitudinal para sobrellevar las deficiencias tanto pasadas como presentes del sistema educativo y de investigación público y privado. De acuerdo a lo antedicho, *la entrada y permanencia de un becario y/o tesista implica una selección económica.*

Al exponer este contexto socio-laboral, ahora voy a hablar en primera persona. Mi experiencia como tesista de tres tesis en algo más de un lustro.

Creo que a las personas nos predispone la situación de partida, pero tenemos que contar con algo para dar, al menos inquietudes que nos movilicen. Las mismas serán necesarias en la filosofía con que se tome la realización de este producto académico. En mi caso, disfruté las tesis, sobre todo la de doctorado. Sin embargo, la tercera es la vencida, definitivamente. Otros, posiblemente una gran proporción, sufren el proceso que ellas implican. La distancia que existe entre la percepción de que se “quiere” o “debe” hacer algo puede ser vital para que el proceso de investigación sea vivido con entusiasmo y alegría o como un padecimiento, en tanto situación que se ruega acabe cuanto antes. Lógicamente, en este posicionamiento tendrán su cuota de influencia los condicionamientos y posibilidades materiales y simbólicas que posee el tesista en el marco del grupo de investigación que integra y su biografía personal.

Para ilustrar un recorrido de rupturas, expondré mi experiencia como tesista de doctorado. Como joven, la realización de este producto académico me encontró entre cambios personales profundos y constantes. Ello de algún modo sirvió para cuestionar muchas de las pautas establecidas y fijadas como elementos inalterables e incontestables en mis años de estudiante:

1) *No hay que exponer opiniones ni “sentimientos”.* Usualmente se nos enseñó que la ciencia se puede hacer sin valores y que en ella las pasiones deben quedar afuera, lo más lejos posible. De este modo, exponer “sentimientos” es sinónimo de un producto académico defectuoso. Según esta perspectiva neo-positivista, tomar deliberadamente posición implica “politizar” la investigación, quitarle seriedad. El arquetipo de esta situación son los informes de coyuntura de muchos economistas, trabajos pretendidamente “objetivos” por el hecho de hablar a través de variables (mejor no sigamos).

2) *No hay que discutir al director/a, por más que uno esté convencido de que él/ella está equivocado (por su tozudez, soberbia, desinformación o ignorancia).* Esto es particularmente cierto cuando al tesista y a su director los une un vínculo laboral. El director despliega todo su poder simbólico, cuenta con múltiples contactos, ha desarrollado líneas de investigación durante años e incluso décadas, conoce el “pañó” de memoria. En muchos casos, podrá ser el más respetado marxista, pero hará tronar el escarmiento sobre su “empleado” como el mejor capitalista. En este *cocktail* jugarán dimensiones tan personales como el género, la diferencia de edad y la condición social. No por tratarse de la comunidad científica estamos en presencia asidua de relaciones interpersonales horizontales y solidarias. En un extremo excepcional, puede no haber relaciones (¡recuerdo el caso de un director que desconocía el nombre de su dirigido!).

3) *No hay que osar innovar, tanto en la metodología como en la teoría.* Eso solo es un ámbito posible para los “grandes”, no para quienes recién comienzan. El joven que lo intente podrá ser tratado como soberbio, desubicado, tendrá en su contra la mirada prejuiciosa de pares y no tan pares. Así, en las investigaciones hay que repetir la metodología del manual para “no equivocarse”, por más que no se entienda efectivamente qué es una unidad de análisis o una fuente primaria. En esta perspectiva, el joven tiene que citar muchos autores.

Deberá leer y leer hasta la extenuación, por más que ya ningún autor satisfaga sus necesidades teóricas y halle en ellos una distancia inocultable en relación a la percepción cotidiana que le genera su investigación. Se dejará arrastrar ante las modas teóricas, muchas veces sin percibir críticamente qué está introduciendo en su texto. Adquirirá libros y revistas de la más reciente edición o los fotocopiará (tendrá que pedir facturas, quizás recupere el dinero) como modo de darle “certidumbre” y “seriedad” a sus escritos. Introducirá en su vocabulario a las palabras que denoten lectura, aunque no entienda cabalmente qué quiere decir cuando las usa. Esas palabras serán usadas como clichés, le brindarán el acceso y perduración en el maravilloso mundo académico.

4) *Hay que citar a quienes “saben”, a los referentes*, por más que no sea necesario hacerlo. Si el tesista es politólogo, en su bibliografía estarán Laclau y Tocqueville. Si es sociólogo, deberá citar a Bourdieu o Foucault (esta lista disciplinar podría ampliarse hasta ocupar una o dos páginas). Si es un economista heterodoxo, tendrá que exponer a Keynes o Boyer (los ortodoxos, ¿sabrán citar o se rendirán a la ideología neoliberal sin siquiera saber que la parafrasean?). Si es urbanista, a Jaramillo y a Borja o Castells. Si es un geógrafo, a Santos o Harvey. En todos los casos, si se trata de las ciencias sociales, debe rendirse culto a Marx, por más que no se lo haya leído nunca o se lo haya hecho a través de diversos autores marxistas. Indistintamente la formación, se recomienda citar al director, para no herir susceptibilidades (y en algunos casos, para mantener su ego). De tal modo, estos clásicos autores hablan por nosotros, en vez de nosotros a través de ellos. Sus ideas se introducen en nuestros textos y muchas veces no nos damos por enterados. Para qué nos vamos a molestar en pensar si los clásicos reflexionaron por nosotros y está bien visto que los citemos. ¡Lástima que no nacimos un par de siglos antes! No hay nada nuevo bajo el sol desde el “descubrimiento” de la lucha de clases. Los procesadores de texto y el “corte y pegue” lo hacen (más) posible. ¡Gracias Bill Gates!

El recorrido por la investigación pronto me llevó a cuestionar estos preceptos en cierta medida monolíticos y representantes de la liturgia de las ciencias sociales. En mi caso, ello fue posible porque encontré en mi ámbito laboral el espacio para hacerlo, tanto el contexto afectivo como el profesional me predispuso a eso. A partir de reflexiones no queridas -¿habrá alguna que sea buscada?-, llego al doctorado convencido de que:

1) *Explicitar opiniones y “sentimientos” es necesario*. No solo habla de la honestidad intelectual de quien escribe. Sino, también le posibilita sacarse el lastre que implica “apartar” sus ideas. Ellas siempre están presentes, se filtran entre los verbos, los adjetivos, la organización del texto, la selección de las dimensiones de análisis. Lógicamente, en un producto académico las posiciones tendrán que estar respaldadas por información fehaciente, sistematizada y analizada. Tampoco se creará con esto que estoy haciendo “un llamado a la insurrección académica”. Más bien, todo lo contrario. Se trata de lograr exponer y argumentar con elementos de juicio, aunque sin esconder, sin ocultar las

posiciones, que como siempre son políticas ¿o creían que el científico no es político?, ¿alguien aún considera desde la “izquierda académica” que se analizan aspectos específicos de la sociedad sin asumir una postura que leída entre-líneas habla más de ella y sus representantes que de sus objetos de estudio?

2) *Para que la tesis y el tesista crezcan, es necesario tener un diálogo franco y abierto con quien dirige.* El crecimiento viene por la interacción, por la discusión, por el cuestionamiento, por la búsqueda real -no solo declamada- de los preceptos que llevamos a cuestras. Difícilmente pueda crecer alguien que no expone sus hallazgos y razonamientos ni se abre a otros pensamientos, por más que intuya (y corrobore luego) que no comparte estos últimos. No se trata solo de “poner en cuestión” -como dirían muchos sociólogos amigos- un concepto. Además, hay que “poner en cuestión” la propia práctica de investigación y con ella replantear qué clase de tesis queremos ser. El debate con nuestro director debe ser fomentado por nosotros, las relaciones se forman entre dos. No esperemos que se den esporádicamente si no las incentivamos. Podemos ser unos buenos alumnos, grandes recitadores de los estados de la cuestión ajenos, excelentes metodólogos de manual aunque por no tener campo (o “calle”, en su versión urbana-coloquial) difícilmente sepamos volar. Por miedo, por pudor o por vértigo. Mediante un desprejuiciado trabajo de campo, a partir de escuchar atentamente los argumentos de nuestros entrevistados -en vez de hablar para hacer ver que “sabemos”-, un buen alumno puede dejar de ser solo eso y transformarse en un referente en la materia que estudia. Él es quien escribe, quien se expone y quien intenta innovar. El riesgo es importante, el posible logro también. Vale la pena intentarlo.

3) *La innovación es deseable.* Leer menos y escribir más puede ser una sugerencia posible. Ceñirse críticamente a los rituales académicos y desarrollar las visiones propias, incluso las que cuestionen a estos. Con ello no quiere decirse que el tesista escriba sin respetar lo que se espera de él en una tesis. Menos si ese es su sustento material. Como todo producto académico, este posee reglas que deben respetarse. Pero sí, que se desestructure, que priorice el diálogo sincero con sus pares, con sus entrevistados y que escriba. *La seriedad no quita lo valiente.* No es necesario tener como una guía permanente los trabajos sobre metodología ni las tesis que pudieron indagar cuestiones significativas del tema de investigación para marcarlos, remarcarlos y usarlos como fetiches. Pensemos que estos productos académicos no siempre pueden dar respuesta adecuada a nuestras inquietudes., Difícilmente respondan nuestras preguntas porque fueron contruidos con otras finalidades (sugerencia: no le pregunten al papel, no responde). Por ello, resulta necesario que propiciemos una mirada autónoma, sin desconocer lo valioso de lo ya escrito por otro, pero escuchando fundamentalmente a nosotros mismos, a nuestros pensamientos. A veces es bueno cerrar los libros ajenos y darle crédito a la imaginación, a las ideas que afloran de la propia labor cotidiana y las experiencias que ella posibilita. Esto trasuntará en un producto de

calidad, no solo en una tesis sin defectos formales. A escribir se aprende escribiendo, de este modo lograremos mejorar la confianza en nosotros mismos. Mejor ir ejercitando la escritura con tiempo, no cuando vencen los plazos. Con la inteligencia no suele bastar, hay que agregarle y cultivar la persistencia. Pues, el tesista es en realidad su propio director. Él es quien deberá auto-exigirse, auto-disciplinarse y convencerse día tras día. Una buena dirección sola no alcanza, el tesista es quien irá derribando sus limitaciones, aprendiendo, llevando hasta donde pueda su investigación. La reflexión lleva su tiempo, planifiquemos el trabajo y avancemos, no la dejemos para el último momento. En el día a día se dirime la suerte del tesista, no en el mes anterior a la entrega.

4) *¿Cómo hacer para citar cuando es necesario?* Surgen diversas reflexiones al respecto. La primera es “no dejarse llevar”. Cuando leemos algún autor reconocido y/o que ha trabajado nuestro tema de investigación nos solemos maravillar por sus ideas. Así, aparecen citas textuales de media página. Nos transformamos en una embajada de ese autor antes de ser soberanos. *Transcribimos sin “usar” concientemente los aportes del autor.* Esto suele acontecer cuando no tenemos muy claro qué pretendemos indagar en nuestra tesis. Para acotar la proliferación de citas innecesarias tendríamos que armar distintos archivos, en uno pueden ir citas potencialmente interesantes, pero en el principal deberíamos hablar nosotros. De este modo, la organización del trabajo puede remediar al flagelo del tesista: su ansiedad. La segunda reflexión al respecto consiste en comprender cual es la función de las citas. *Son necesarias para sostener una argumentación basada en alguna cuestión que no investigamos pero que aporta a nuestro texto.* Así, podremos decir que aconteció tal o cual fenómeno de interés para la investigación remitiéndonos a bibliografía que trató el mismo. Si solo se cita para decirle al lector “leí”, la tesis logrará ser a lo sumo un exhaustivo estado de la cuestión (ni siquiera uno completo, es imposible e innecesario intentarlo). Por último, una vez despojados de la voz de autores cuyas citas son repetitivas o insignificantes, tenemos una responsabilidad frente al papel: *desarrollar nuestra argumentación.* Es un momento crucial, el papel en blanco, llamándonos a que escribamos nosotros, sin citas, sin parafrasear, sin mirar otra cosa que en nuestro interior. Es un momento en el que asumimos responsablemente la tarea, pues seremos quienes intentemos controlar la dirección del texto, practicaremos una y otra vez la redacción de modo de ser claros, concisos y estimulantes para la lectura (recuerden, escribimos para alguien más que para nosotros, entre esos “alguien” también están los evaluadores). De este modo, una vez reunida la información, cada párrafo contendrá en si mismo una idea, un objetivo. Uno tras otro irán desplegando nuestra argumentación, en la que intentaremos no dar nada por supuesto, mejor explicar antes que dar por sentado algo que está solo en nuestra cabeza. Demos a leer esos esbozos a las almas caritativas, sirve para perfeccionarnos. En la misma escritura iremos encontrando áreas grises, aspectos controversiales que no aparecían en nuestra mente pero que sí se evidencian en el papel, sobre los que

indagaremos específicamente para intentar cubrir esos vacíos si fuera necesario para cumplir los objetivos de la tesis. El papel y la escritura suelen ser inescrupulosos con nuestras ideas. Mejor que lo sean ellos y nuestros pares antes que quienes nos evaluarán. Señoras y señores: la tesis está siendo escrita.

La elección del tema y del problema

Volvamos a la biografía. Un tesista es, ante todo, una persona. No llegó a la academia casualmente, tuvo un contexto familiar que lo predispuso material y simbólicamente para ello. Cursó muchas materias, se interesó por algunas temáticas y en ese proceso se vinculó con la comunidad académica. La relación con esta, su inserción e institucionalización en la misma pudo haberle hecho cambiar de parecer respecto al juicio que poseía sobre diversos temas. Ya no será más quien era, será el proyecto de algo que pretende conciente o inconcientemente ser. Incluso conocerá temas y problematizará cuestiones sobre las que hasta ese entonces no se había percatado. La interacción le permitió ir adquiriendo un bagaje de conocimientos y de perspectivas no solo teórico-metodológicos, sino también comportamentales. La historia de vida involucra a lo académico. La persona se conduce a partir de características inescindibles, por lo que inevitablemente reproducirá su “forma de ser” en dicho ámbito, así como este incidirá en su personalidad. La dialéctica también sirve para analizar a la investigación y a los investigadores.

Como cualquier otra comunidad, la académica se organiza en torno a juicios sobre lo que está permitido o no, sobre lo que se premia y aquello que se castiga. Son normas, procedimientos que deben ser cumplidos por el tesista, tanto más tal vez si es becario. Aquí suele establecerse una relación semejante a la de maestro-aprendiz, vinculación en la que como en cualquier relación jerárquica de la vida cotidiana pueden evidenciarse abusos de poder. En estos casos, el sujeto tesista resolverá su relación de modo más provechoso o más perjudicial para su salud mental. O sucumbirá en el intento...

Con todo lo antedicho, llegamos a la elección del tema y del problema. A esta altura se inferirá que se trata de una “elección” alejada de los parámetros “estrictamente académicos” y racionales. Al tesista le podrá interesar un tema en función de trabajos realizados previamente, en función de la línea de investigación seguida por su director, o a partir de una combinación de ambas situaciones, entre otras posibles. Por lo tanto, no está demás decirlo: busquemos un tema que nos interese, no hay peor “matrimonio” que el que se tiene con una tesis que no se quiere. Y si no elegimos el tema, hagamos el esfuerzo por quererlo. Como fuera, la pasión por el tema que se trabaja es deseable, para hacer del proceso de investigación una instancia más placentera. Como se observa, la ciencia también requiere de sentimientos.

La subjetividad del sujeto en la academia

La biografía incide, es inútil negarlo. Pues, no buscamos caer en la trampa de la ciencia “a-valorativa”. A esta altura de la civilización tal vez sea redundante y trillado volver sobre eso. Si el tesista entiende que el objeto es una construcción de su *psiquis* y que por lo tanto resulta un elemento con características propias, podrá comprender entonces que él es parte de su objeto. Sería recomendable que haga explícitas sus sensaciones, exponga sus

prejuicios, juicios (hipótesis), todas cuestiones centrales para defender su posición (tesis). Con esto no se pretende que el tesista exponga la diversidad y la sucesión de sensaciones en el escrito, pero sí que las “trabaje”, que las converse con sus pares.

Por lo tanto, más que ocultar lo innegable -que además aparece invariablemente en la escritura- resulta un acto sincero exponer desde donde se habla, cuáles son las posiciones propias, a partir y más allá de las sustentadas teóricamente. Entendemos que esta alternativa resulta arriesgada, pero es un acto de honestidad intelectual y demuestra a un investigador en proceso de maduración.

Si estamos en condiciones de exponer nuestras ideas de partida, también podemos relativizar otras prácticas extendidas en la academia que constituyen nuestra propia biografía y que muchas veces limitan el potencial en tanto tesis:

1) *El acto de esconder resultados* de las investigaciones puede definirse no solo como una actitud miserable, en el sentido de ocultar información potencialmente útil para otros. Además, también en la academia la reciprocidad sirve y resuelve problemas que en tanto individuos no tenemos capacidad de solucionar y/o que nos llevaría demasiado tiempo resolver. Ocultar el resultado de las investigaciones es una táctica vana, puesto que ante un mismo tema y problema de estudio pueden desarrollarse diversas perspectivas posibles, incluso cambiantes en tiempo y espacio. En tal diversidad incide la subjetividad y las “condiciones materiales” en las que se reproduce cada tesista.

2) *El hecho de ser “buenos” tesisistas no implica que podamos atender y entender todas las alternativas burocráticas y -por ende- políticas* que definirán la suerte de nuestro producto final. Entonces, no deberíamos dejarnos convencer por la idea que solo basta con sentarse en una silla para cursar, frente a una mesa para leer y ante una computadora para escribir. Es necesario lograr empatía con las personas que nos rodean en la labor de investigación. No solo para hacer más ameno nuestro trabajo, sino también para entender mejor el sistema institucional en el que estamos insertos y para abrirnos a nuevas experiencias -las que podrán servir para conocer más personas que aportarán ideas y soluciones-. Si se entiende la estructura y organización del medio en el que estamos, es más probable que podamos usufructuar mejor sus posibilidades y que contemos con información para evitar sus aspectos negativos. Por lo antedicho, es necesario organizarse, escribir, pero también conocer el sistema.

Eterna soledad (cómo amigarse con ella sin ir a terapia)

La investigación puede ser un proceso bastante solitario. Ello no implica desconocer el aporte necesario y alentador de colegas. Suelen ser gratificantes los momentos en los que se producen los tan publicitados “intercambios”, instancias que se concretan generalmente mediante hechos fortuitos, en los pasillos, en las mesas de trabajo, en las cocinas (literalmente hablando), en diálogos telefónicos que no tenían como objetivo central un debate sobre teoría

y praxis; en Argentina, Paraguay, Uruguay y el sur de Brasil y Chile mediante una conversación amena mate de por medio, entre otras instancias. Tales intercambios suelen producirse sin previo aviso, sin planificación y acontecen habitualmente mediante charlas en las que se comparten experiencias y expectativas, temores y planes. Por lo tanto, debe estar ubicado en tiempo y espacio, así como estar atento al debate en esos momentos. Ello redundará en tesis más consistentes, puesto que la puesta en común conlleva al desarrollo de investigaciones construidas a partir de la corroboración y/o refutación de ideas preestablecidas en el momento del diseño.

Con esto no se desestima el valor que poseen los ámbitos institucionalizados de intercambio académico -jornadas, congresos, etc.- aunque estos suelen brillar por lo anquilosado de sus conclusiones, sus acotadas y repetitivas exposiciones y el desinterés que puede manifestar el público asistente. Toda reunión de científicos sociales tendrá entre sus conclusiones “la gravedad de la pobreza”, la “crisis del sistema” y la “necesidad de construir puentes de diálogo con el resto del Estado y la sociedad civil”.

Además, al tratarse de jóvenes a los que se les ha inculcado la rendición de pleitesía hacia sus autoridades, resulta poco habitual la enunciación de preguntas en las que los tesisistas expongan cabalmente sus inquietudes e interpelen los trabajos, o bien interroguen y aporten renovadas ideas o ideas nuevas. El miedo escénico y la timidez de muchos suelen ser la situación habitual. No hay materias de oratoria en las facultades, eso se va aprendiendo en otros lados y con el paso del tiempo. Cuando lo que interesa es llevarse un certificado de exposición, la participación puede ser un hecho meramente formal. Así difícilmente pueda pensarse en un intercambio efectivo.

Por ende, si en los canales formales no se produce el intercambio al nivel de lo que su propaganda sugiere, ¿quienes pueden escuchar las inquietudes de los tesisistas? Sus pares, algunas veces becarios o solo tesisistas y otras, investigadores con alma caritativa. También pueden ser los directores, aunque no siempre estos son quienes efectivamente contienen al tesisista. Esto puede suceder por falta de tiempo y/o incapacidad para transmitir mensajes tranquilizadores y aliento, además de las necesarias reflexiones académicas (suelo creer que la docencia es una actitud, no solo una profesión). Muchas veces los directores apenas son quienes firman, están atareados con múltiples actividades. Algunas otras son quienes enseñan con su acción más que con sus palabras. En ciertas oportunidades, el director se perpetúa como un amigo con algunas largas décadas más que su antiguo dirigido.

Resulta necesario y deseable conversar con otros, no es una pérdida de tiempo. No solo podrán aportarnos ideas, sino también su experiencia y llegada a ámbitos restringidos o vedados a nosotros. Además, de este modo, iremos ejercitando nuestra voz, acostumbrándonos a debatir y a tomar las críticas -cuando son realizadas para contribuir a nuestra formación- como algo positivo, que sirve para crecer y que podrá redundar en una tesis con una evidente profundidad analítica.

Entonces, aquí *la palabra contención remite a su significado textual*. El tiempo que demanda la escritura de la tesis suele invadir de diversas sensaciones a su autor. Desde la euforia puede pasarse al descontento, de la alegría a la tristeza y del convencimiento a la más profunda incerteza. No es

malo “perderse”, “jugar” con las dimensiones, “poner en cuestión” los conceptos, aunque si ello se prolonga más de lo debido puede ser contraproducente (no solo para los plazos académicos, sino y sobre todo, para la salud del tesista). La ansiedad puede ser un motor necesario de la inquietud por el tema, pero si perdura innecesariamente puede colocar al tesista en una vertiginosa carrera en dirección contraria al pragmatismo que requiere todo proceso de investigación. Por lo antedicho, la contención resulta central. Unas palabras (permitidos los insultos), risas y llantos justo a tiempo, una conversación sincera entre pares pueden ahorrar tiempo, el principal elemento de esta cuenta regresiva que implica la realización de la tesis en plazo y forma.

El campo (o “tener calle”)

La investigación permite sumergirnos en mundos ajenos. A través de ella, podemos conocer otras perspectivas, la de personas no insertas en el ámbito académico y, por ende, susceptibles de conducirse con otras reglas, otras normas. Vale aclarar que estas no suelen ser mejores ni peores que las académicas, simplemente son distintas. Este hecho resulta muchas veces esclarecedor, puesto que no solo hablan de las acciones implicadas en los objetos de investigación, sino que también pueden ofrecerse como un espejo para mirar nuestra propia práctica como personas y tesistas. Los mismos manuales de metodología reparan en este hecho. De tal modo, hasta suelen sugerirnos como ir vestidos y como (inter) actuar con los entrevistados, ya sean buscados o circunstanciales. Poco pueden ayudar a quitarnos los prejuicios de clase, eso reviste un trabajo propio, que si se lo propone puede lograrse mediante práctica y reflexión.

Aquí no se busca elaborar recomendaciones para aquellos que realizan trabajos de campo. Nada más lejos de pretender ofrecer un manual de autoayuda. Cualquier recomendación queda en el camino, la experiencia y la atención son quizás los mejores consejeros en estas circunstancias. A continuación se exponen elementos potencialmente provechosos que surgen de los trabajos de campo:

1) *Confrontar la teoría en la praxis.* Los conceptos son guías, sirven para pensar las situaciones que se plantean estudiar. Sin ellos se caería en relatos sin estructura, sin teoría explícita por detrás. Desconocer y obviar los aportes teóricos implicaría que el sentido común tome su lugar. Sin embargo, no debería sobredimensionarse la importancia de la teoría. Cuando nuestra percepción, formada en parte por el arsenal conceptual del cual estamos nutridos, nos indica que existen elementos de lo real sin explicación teórica aparente no deberíamos angustiarnos. Al contrario, esta imposibilidad de explicación puede estar demostrándonos la necesidad de proponer alguna nueva conceptualización de nuestra parte. Y sí, los conceptos no solo pueden ser potestad de los “grandes” teóricos. También pueden -y deberían- surgir de nuestra experiencia en campo.

2) *Conocer otras perspectivas,* las cuales sirven como aliciente para reflexionar sobre el lugar de la academia en la vida cotidiana. Los académicos formamos una comunidad, solo una más entre las tantas posibles, que incluso también podemos integrar en tanto profesionales, familiares, hinchas de fútbol, amantes del deporte, etc. Las ideas

surgidas en la academia son vitales para conocer la sociedad y sus problemas así como para proponer alternativas superadoras. No obstante, existen otros saberes, conocimientos tácitos e informales que de ser aprehendidos pueden ayudar a resolver desigualdades entre grupos y/o entre personas. La ciencia posee un valor de verdad, legitimado socialmente, aunque no puede ser el único. Con esto no quiere expresarse que todo lo “ancestral”, autóctono o extra-académico posee utilidad para afrontar o entender cuestiones problemáticas. Se trata de tener un equilibrio en los juicios, el cual se forma luego de conocer qué posibilidades efectivas existen en los ámbitos que indagamos. Para ello, resulta vital escuchar a los entrevistados, observar las escenas en las que nos movemos. El informante no necesariamente debe conocer que nosotros sabemos (esta instancia no es una lección oral). Debe sentirse cómodo dialogando, para que exponga su parecer y haga explícitos elementos que desconocemos o que están ausentes en nuestro marco teórico y, por eso, serán susceptibles de ser introducidos como hallazgos en la tesis. Por esto, nunca subestimemos, escuchemos atentamente.

3) *Enriquecer la investigación.* Solía reírme de los antropólogos, de sus ideas y de sus cuadernitos de apuntes. En la mayoría de los casos, les debo una disculpa. Es una práctica útil anotar “en caliente” las primeras impresiones tras los encuentros. En la investigación, la primera impresión también cuenta. Tal vez sea la mejor forma de plasmar las cuestiones significativas que se van recopilando durante la estadía en el campo y que por la finitud de la memoria humana rápidamente vamos olvidando. Por esto, el trabajo de campo debería estar complementado con un registro del mismo que nos permita enriquecer la tesis. Aquellas que sean fruto de significativos esfuerzos realizados en el campo, podrán resaltar entre el resto.

¿Qué me pasa?

Juventud. Adulter. O ambas. El tesista no es solo un intento de investigador rumbo a lo fallido o a la consolidación. Es ante todo una persona. En el caso de realizar sus estudios durante sus tercera y/o cuarta décadas de vida, se sitúa en una etapa de profundos y rápidos cambios biográficos. Por si fuera poco, la investigación le resulta algo relativamente nuevo. Por ende, debe aprehender las reglas del ambiente y actuar a partir de ellas, mejor si lo hace de inmediato para evitar inconvenientes con los representantes de la comunidad académica.

En este contexto, el tesista comparte con otros estudiantes sus momentos. Es interesante observar lo que puede acontecer en la relación entre estos pares. Usualmente, el estudiante-tesista ha sido educado para acatar órdenes, aprobar materias y maximizar el provecho que puede extraer de sus contactos. Con esto no se plantea que el estudiante es un ser frío, racional, dócil y excesivamente egoísta. Debe entenderse que ha sido educado en determinados valores y es ciudadano de fines de siglo XX y principios del XXI, con todo lo positivo y negativo que ello implica. En las ciencias sociales, este particular momento histórico puede conllevar a brechas insalvables entre lo que se dice y lo que se hace. Es que, desde temprana edad, el estudiante observa que la academia es un lugar en el que suele ser infrecuente que los escritos de

sus referentes se plasmen en las acciones cotidianas de estos. La liturgia académica puede alimentar férreas vanidades. De este modo, ciencia y militancia aparecen como dos elementos necesariamente escindidos porque cada sujeto tiende a buscar más su auto-sustentación que la del grupo. En el caso de quienes se insertan laboralmente en el ámbito docente y de investigación a esta situación debe agregársele el hecho de que dependen para su reproducción de lo que escriben y exponen así como del juicio de sus evaluadores para pervivir en el sistema. Haz lo que digo...

En este marco en el que pueden reproducirse las relaciones entre los estudiantes-tesistas, difícilmente se propenda a la solidaridad, la participación -real, no solo declamada- y una apertura mental para recibir las críticas necesarias que implica todo proceso de investigación.

En resumidas cuentas, lo que tenemos es una comunidad que se organiza vertical y jerárquicamente. En este esquema, las relaciones de "vasallaje" son usuales y hasta necesarias para lograr el "favor" y la aprobación de quien dirige y evalúa. Así, las palabras dicen mucho de las relaciones efectivas: los estudiantes-tesistas "son" "de" tal o cual director-investigador, no suelen formar grupos con vinculaciones más que esporádicas, superficiales y sujetas estrictamente a las biografías personales y a las lógicas de acción académicas, donde adquieren particular relevancia las prácticas del director del grupo.

Cuando lo que se escribe rige para otros y no para nosotros, la palabra corre el riesgo de transformarse en una mercancía, necesaria de producir para reproducirse. Pero es una palabra vacua, sin sustento en la práctica cotidiana. Esta estructura académica en la que se inserta el estudiante-tesista es la que lo puede llevar a percibir una distancia entre lo escrito y lo hecho. A grandes rasgos, se le presentan dos caminos, o se adapta o se enfrenta a los parámetros establecidos por la academia. Lo que puede predisponer a un estudiante-tesista a recorrer uno u otro camino, con los riesgos que ello conlleva, será nuevamente su biografía así como el juego de alianzas que sepa/pueda construir en el espacio en el que se desenvuelve.

En este transitar, el estudiante se institucionaliza en las reglas académicas y administrativas, tanto las formales como las tácitas. Casi sin percibirlo, el tesista va transformándose como persona y aún cuando detente posiciones extremas respecto al devenir de la ciencia, de su tema de investigación o de la academia como un todo, deberá atenerse a esas reglas si trata de llegar a concretar sus proyectos científicos. En ese transitar, algo de él habrá ido madurando, inconcientemente. Conocerá las reglas, perecerá o sobrevivirá ante ellas, las incorporará para adaptarse o las contestarlas, pero no solo con las palabras, sino también con la acción cotidiana en los diversos ámbitos en los que interactúa. Qué haga con este conocimiento institucional dependerá de sus experiencias y expectativas personales.

(Ir) reflexiones

Las líneas expuestas fueron desplegándose a modo de catarsis. Los tesistas escribimos casi exclusivamente sobre nuestros temas, poco se conoce de nosotros y el proceso de investigación que hicimos. Nos corre el tiempo, la juventud, las ansias. La condición de tesista es temporal y acotada, no somos solo y siempre tesistas. Pero cuando lo somos o lo fuimos nos olvidamos de

escribir acerca de la “cocina”. Para muchos, esto puede acontecer porque el proceso que la tesis implicó no ha sido disfrutado. Las sugerencias que tienden a hacer los que ya pasaron por esta instancia académica, son realizadas oralmente, raramente por escrito. Cuando el “matrimonio” fue una mala experiencia, se intenta olvidar. A veces, mejor no hablar de ciertas cosas...

No le echemos toda la culpa al otro. Los tesistas somos adultos (al menos cronológicamente hablando). Entablamos una relación con el director y con el tema, arriesgamos. Puede salir de cualquier modo, pero nosotros tenemos siempre una cuota de responsabilidad. Por esto, es conveniente ser crítico de sí mismo, evitando conclusiones lineales y victimizantes. Estas sirven para la auto-indulgencia, difícilmente son útiles para llegar a buen puerto. Ello no implica desconocer que la vinculación con el director y/o con un grupo de investigación puede ser difícil, que puede costarnos tiempo y nervios. Sin embargo, considerando nuestra particular situación, las obligaciones extra-académicas y las prioridades personales, empecemos por preguntarnos ¿qué hice hoy para avanzar con la tesis?, ¿Cómo estaré a fin de año? (¡espero no haber mandado al diván a nadie!).

Cuando terminamos de escribir la tesis debemos sortear el aludido Síndrome de Estocolmo. En ese momento, nos enfrentaremos a diversas situaciones. Por empezar, no tendremos que escribir más sobre el tema, ni abocarnos hora tras hora a terminar algo que hemos hecho crecer durante un tiempo relativamente largo. Esa cuestión puede generarnos una situación de desasosiego, nos preguntaremos ¿ahora qué?, ¿esta tesis que se cree, me enamora y después me deja así nomás? Lo pretendamos o no, “el día después de mañana” seguirá despuntando. Nuevos proyectos se irán instalando en nuestra agenda y contaremos en nuestro haber con la experiencia de tesis, lo cual nos prepara y predispone para nuevos y más grandes desafíos. Que es lo mismo que afirmar lo escrito al inicio, nos lanza hacia nuevos horizontes.

Cada proceso de investigación es único, particular, depende de múltiples instancias como las aquí tratadas. Como habrán observado, la tesis es bastante más que un producto académico. Es, ante todo, una prueba para quién la hace. Vale el intento.